

UN DIA DE LA HISTORIA *DEL* *COLEGIO DE SAN ILDEFONSO*

*AYUNTAMIENTO
DE MADRID*



23 DE ENERO DE 1966



Ayuntamiento de Madrid

FH-3592

Ayuntamiento de Madrid

F. M.

3598

Depósito legal: M. 624-1967

Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO DE MADRID

*UN DIA DE LA HISTORIA
DEL
COLEGIO DE SAN ILDEFONSO*

23 DE ENERO DE 1966

MADRID, 1967

ARTES GRAFICAS MUNICIPALES

Ayuntamiento de Madrid

12/90.150



021-OP/9

Excelentísimo señor don Carlos
Arias Navarro, Alcalde Presidente
del Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

UN DIA DE LA HISTORIA DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

UN DIA EN LA HISTORIA DEL COLEGIO...

UNO de los valores que, indudablemente, encierran las paredes del Colegio de San Ildefonso es su antigüedad. No se ha encontrado la piedra, esa primera piedra fundacional marcada con una fecha de nacimiento a la vida. Y si ciertamente no podemos pedir la partida notarial correspondiente, sí existen páginas históricas—unidas muchas veces a los grandes de España, como pueden ser los Reyes Católicos o Felipe II—donde el Colegio de San Ildefonso tiene toda su personalidad como institución educativa madrileña. Y es en este pasar de los días, dentro de los años que aquí son siglos, donde encontraremos—donde los historiadores encuentran—los datos y documentos que forman la biografía, cuya sinfonía es inacabada porque sigue la existencia y que carece, aunque tiene, sus preludios que algún día habrá que decir “no se han perdido en la noche de los tiempos”.

Por ello, esta publicación quiere ser una especie de eslabón en los acontecimientos de la vida del Colegio de San Ildefonso. Y adelanta-



mos no pretende el aplauso de sus lectores, al exponer —en una serie de actos— una labor educacional, sino servir a la Historia, en las páginas escritas del folleto, en su colección de hechos y fechas.

No podemos ocultar, sería ello una falsa modestia, que este “día de la Historia del Colegio” ofrece algo singular para no ser uno de tantos días. Por un lado, siguiendo la línea tradicional del Centro, ha vuelto a días gloriosos restaurando modos de hacer, y al mismo tiempo, se centra en la actualidad que vivimos y aporta nuevas ideas en el quehacer pedagógico. Y todo ello al celebrar las fiestas patronales de 1966 —hay que reseñar la fecha— donde sucedió, quizá por vez primera en esta marcha del Colegio, que

su salón de Actos fué el de la Casa de la Villa. Con ello el Internado ha salido de su viejo caserón y hasta los niños, para mejor conocer a San Ildefonso, se acercaron a Illescas a contemplar el cuadro del Greco.

Finalmente hemos de hacer constar que todo lo que es hoy el Colegio lo debe a su ayer. A todos cuantos directa o indirectamente han contribuido para su mejor existencia. A los hombres rectores de hoy les cabe el honor de reconocerlo y únicamente permitirse su modesta colaboración para que no solamente la antigua institución tenga un presente feliz, sino para su mejor proyección, si cabe, en el futuro. Es, a fin de cuentas, un acto de servicio a Madrid a través de su Ayuntamiento.

VISITA DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO AL MINISTRO DE HACIENDA



*El Regidor Patrono,
señor Del Moral,
agradeció en nombre
del Ayuntamiento
las atenciones del
Departamento
con los alumnos*

En la mañana del 19 de enero de 1966, y como prólogo de las fiestas patronales del Colegio de San Ildefonso, don Juan José Espinosa, Ministro de Hacienda, recibió en su despacho oficial a un numeroso grupo de alumnos y ex alumnos, acompañados del Teniente de Alcalde y Regidor Patrono, señor Del Moral; Administrador, Director y Profesores de la Institución.

En primer término, el Jefe del Servicio Nacional de Loterías, señor Rodríguez Cirujeda, hizo una detallada exposición de la colaboración de los pequeños cantores de la Lotería Nacional, "que son —dijo— los funcionarios más jóvenes y a la vez más antiguos del Ministerio. Jóvenes, porque a los catorce años son jubilados; antiguos, porque desde hace dos siglos vienen colaborando".

En nombre del Ayuntamiento y de su Alcalde, el señor Del Moral, como Regidor Patrono del Colegio, agradeció al señor Ministro las constantes atenciones con los alumnos, no solamente en las gratificaciones concedidas, sino con la simpatía que son acogidos y la confianza que, desde la época de Carlos III, se tiene en su servicio.

Por último, el señor Espinosa hizo un elogio de la actuación de los colegiales, expresando su satisfacción de encontrarse rodeado de tan jóvenes colaboradores y les exhortó a cumplir, de modo especial, con su formación e instrucción, pues ése era el mejor servicio que el día de mañana podrían prestar no solamente a la Hacienda, sino a España. Después de agradecer la presencia y representación municipal, personificada en el señor Del Moral, procedió a repartir las donaciones del Departamento a los alumnos y ex alumnos en sendas cartillas de ahorro, estimulando al mismo como base de la riqueza patria. Al mismo tiempo hizo el obsequio de una biblioteca para los fines culturales y recreativos del Colegio.

Acompañaron en el acto al señor Ministro el Subsecretario del Departamento, señor Valero Bermejo; el Jefe de la Secretaría Técnica, señor Bernardos, y el Oficial mayor, señor Caballero.

Visita
al
«San Ildefonso»,
del
Greco,
en
Illescas



Por vez primera, en su larga historia, el Colegio de San Ildefonso —o sea la totalidad de su alumnado y Profesores— se trasladó al pueblo de Illescas para conocer de cerca, a través del cuadro del Greco, a su Santo Patrono. Allí, José del Corral —Vicesecretario del Instituto de Estudios Madrileños— les dijo:

Del «San Ildefonso», del Greco, al Colegio de San Ildefonso

En el siglo XVIII un gran erudito, el abate Antonio Ponz, tomó voluntariamente sobre sí la pesada carga de recorrerse, lugar a lugar, toda España para estudiar, en cada sitio, su historia, sus costumbres y especialmente su arte. Pese al esfuerzo que en aquella época suponía viajar y las incomodidades que acarreaba, el abate Ponz recorrió casi toda la Península y su obra, muy extensa, *Viaje de España* es hoy, dos siglos después, fuente indispensable de consulta para todos los que de temas de arte se ocupan.

Y es el abate Ponz el que, al visitar el lugar de Illescas, nos elogia el edificio del Hospital de la Caridad y nos dice que fué obra del Greco. Porque el Greco, es muy sabido, no fué sólo un gran pintor, sino también un gran arquitecto, o, como en su tiempo se decía, un gran alarife. Y en esta obra del pintor candiota señala, como dignas de figurar entre las mejores de su pincel, las que aquí están, cinco en total, y especialmente la que hoy más nos interesa a nosotros: el cuadro de San Ildefonso.

Dominico Theotocopuli, el Greco, nació en Creta, Candia, en el año 1541. Dedicado por vocación a la pintura, pronto marchó a Venecia, que era en aquellos días asiento de una escuela pictórica de gran importancia, donde había de recibir grandes influencias que, con el tiempo, serían transformadas para dar el fruto que ahora vemos. En 1570 se trasladó a Roma, cercano a las obras eternas y a los cuadros de los gran-

des maestros de la época, y en 1577 llegó a Toledo, donde había de transformarse su pintura y convertirse en el más castizo pintor español.

En Toledo casó, con doña Jerónima de las Cuevas, y allí murió, el 7 de abril de 1614, dejando un solo hijo: Jorge Manuel, también pintor. En Toledo transcurrió su vida y realizó su obra, en Toledo se empapó de la ciudad y de España, perdió el rico colorido que aprendiera en Venecia y llenó su paleta de tierras y de amarillos oliváceos que destacan junto a los vivos, brillantes, carmesíes.

También fué en Toledo donde pintó este cuadro de San Ildefonso para este Hospital de la Caridad, de Illescas. San Ildefonso, al que vosotros conocéis bien, fué un Santo de gran inteligencia por la que ganó, con su saber, los títulos de Padre y Doctor de la Iglesia. Nació en Toledo, en el año 607, y murió, también en Toledo, en el año 667. Esto es, vivió en una época cercana ya al fin del reino visigodo, poco después de la conversión de Recaredo al catolicismo. Se educó en Sevilla y, precisamente, con otra lumbrera del saber y de la Iglesia, con San Isidoro, otro de los grandes Santos españoles. Se ordenó de diácono en el Monasterio de San Benito, de las cercanías de la que había de ser Ciudad Imperial, y en ese Monasterio llegó a la dignidad de Abad. El año 657 fué nombrado, contra su voluntad, Arzobispo de Toledo, puesto de mayor dignidad todavía en aquel tiempo, en que



Toledo era la residencia real y en que, en Toledo, se reunían los célebres Concilios con tanta importancia, tanto religiosa como civil. Allí, por su defensa del dogma de la Virginidad de María, había de recibir especial favor de la Virgen, su visita durante una Misa y la entrega de una casulla celestial. Y en Toledo, también, había de escribir sus célebres obras, de gran importancia para la religión y para la cultura, entre las que es obligado recordar *Los escritores eclesiásticos, Hombres ilustres de la Iglesia y Perpetua virginidad de la Gloriosa Madre de Dios*.

Gran figura, pues, como santo y como hombre, la que efigia en este cuadro un gran pintor también. En este cuadro, que es una de las grandes maravillas de la pintura española de todas las épocas, en el que la figura del Santo, maravillosamente tratada, se nos presenta llena de vida y de realidad, en el que las telas diversas que en él figuran, desde las vestiduras de San Ildefonso al tapete de la mesa en que escribe, están pintadas de tal manera que cada una tiene el aspecto de ser la tela, el género, representado, esto es, como se dice en el lenguaje del arte, que cada una tiene su propia "calidad". El cuadro entero es una obra en la que nada disuena y en la que, hasta el vibrante color carmesí del tapete de terciopelo que cubre la mesa, no puede restar, pese a lo vivo de su color, a lo rico de su cromatismo, ninguna importancia a la figura esencial del cuadro, a la del Santo, y especialmente a su cara, representada de tal manera que, sin perder su condición humana, se adivina en ella su santidad, su algo

sobrenatural, que ha de ser su destino. No se podría olvidar en ningún momento, siendo vosotros colegiales de San Ildefonso, que ése es vuestro Patrono, pero en ningún momento menos que en este en que precisamente celebráis su festividad. Tenéis, pues, un insigne Patrono, buen ejemplo, no sólo de santidad y de virtudes, sino también de estudio y de trabajo.

Pero si vuestro Colegio tiene tan insigne Patrono, bien cierto es también que lo merece. Quizá no sabréis que el Colegio de San Ildefonso, de Madrid, es el más antiguo de España entre los que actualmente tienen existencia. Nada menos que eso. Era ya antiguo en el siglo XVI, y su fundación, que desconocemos, debió de realizarse, por lo menos, en el siglo XV. Puede decirse que cuando se descubrió América ya existía en Madrid el Colegio de San Ildefonso. Debía de estar entonces cerca de donde ahora residís, en la manzana formada por la carrera de San Francisco, la calle de las Tabernillas, que entonces se llamaba la calle de las Tabernillas de Parla, y la calle de las Aguas. Y allí estuvo hasta los finales del pasado siglo. Los colegiales que fueron alumnos de vuestro mismo Colegio, asistieron siempre en lugar de preferencia a todos los acontecimientos importantes de la época, y no había procesión, ni entrada de reyes en la Villa, ni acontecimiento de relieve, en el que no tuvieran puesto asignado, en cabeza, los colegiales de San Ildefonso.

Ya en el siglo XVII existía en el Colegio Escuela de Latinidad, para el estudio de Humanidades, que en la época equivalía a nuestro actual

Bachillerato, pero con la gran diferencia de que entonces eran contadísimos los que recibían estos estudios y tenidos por todos como personas de excepcional relieve e importancia por haberlos cursado. Las Ordenanzas del Colegio, que todavía se conservan, aun cuando no sean conocidas, y que corresponden a los comienzos de los siglos XVII y XVIII, son una página de un interés extraordinario para la historia de la educación, y cuando dentro de poco sean publicadas causarán el asombro dentro y fuera de España, por el adelanto que suponen en la forma de educar de sus tiempos de referencia.

Mucho hemos rebuscado entre los viejos papeles del Archivo de Villa, del Archivo de Palacio, del de Protocolos y del Histórico Nacional para llegar a conocer la historia de vuestro Colegio que nos proponemos escribir. Por esos viejos papeles hemos sabido muchas cosas curiosas; sabemos, por ejemplo, que ya en 1674 se construyó, con los mejores adelantos conocidos, nueva Escuela para el Colegio. Que desde el 9 de marzo de 1771 está la extracción de los premios de la Lotería a cargo de los alumnos del Colegio, y hasta que el primer escolar que asistió a estas extracciones de Lotería se llamaba Diego López; colegial que bien merecería un recuerdo, una memoria, en vuestro histórico Centro. También hemos encontrado que en ciertas ocasiones que el Ayuntamiento estuvo alcanzado de fondos acudió al arca de las tres llaves donde se guardaban los dineros del Colegio de San Ildefonso y de allí sacó lo necesario, como sucedió, por ejemplo, cuando se vió obli-

gado a organizar grandes fiestas para celebrar la entrada de la nueva Reina, la Reina Margarita, que acababa de casar con el Rey Felipe III. Recordamos que en 1884 los Reyes acudieron al Colegio a visitar la recién inaugurada nueva Escuela, cuyos muebles se habían traído de París, nada menos, que las comunicaciones de aquella época ponían más lejano que las de hoy. Todavía quedan por vuestro Colegio algunos de aquellos muebles que vinieron para vuestros antecesores, y para vosotros, desde tan lejos, en un verdadero alarde del Ayuntamiento de montar a la última la nueva Escuela de San Ildefonso.

Mañana se impondrán becas a los nuevos colegiales. La beca era un distintivo que en los siglos XV, XVI y XVII y hasta en el XVIII y parte del XIX usaron los estudiantes como un honor de su condición de tales. Y que ni siquiera tenían derecho a llevar todos los estudiantes. Vosotros, sí; ya en el siglo XVII usaban becas los colegiales de San Ildefonso. Llevadlas en el futuro con orgullo, como algo que no todos pueden usar. Y recordar siempre con orgullo el Centro en que os educasteis, pues muy pocos pueden, como vosotros, gloriarse de haberse educado, de haberse formado, en un Colegio de tanta historia y de tanta grandeza como el vuestro. De un Colegio que, a los quinientos años de su fundación, sigue fresco, joven y vigoroso, tanto al menos como vosotros mismos, y que continúa una labor tan alta como daros a cada uno de vosotros, y a tantos como os precedieron, las mejores y las más nobles armas para la vida: las del saber y las de la Fe.



«MARCELINO PAN Y VINO», PADRINO Y BECARIO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

*El Ayuntamiento de Madrid celebró un emotivo
acto para subrayar la iniciativa de los colegiales*

En la víspera de la festividad de San Ildefonso (22 de enero) tuvo lugar en el salón de Sesiones del Ayuntamiento de Madrid un solemne y emotivo acto presidido por el Alcalde, don Carlos Arias Navarro; por el Teniente de Alcalde Regidor Patrono, don Manuel del Moral Megido, y por el escritor don José María Sánchez-Silva.

Se celebraba la imposición de becas a los

colegiales del titulado de San Ildefonso y la proclamación de "Marcelino Pan y Vino" como padrino de la promoción de alumnos recién ingresados y becario de honor. Al acto asistieron, con las personalidades citadas, la casi totalidad de los Concejales y Delegados de Servicio, altos funcionarios municipales, profesorado de las Instituciones docentes y los alumnos del Colegio de San Ildefonso.

LECCION DEL ESCRITOR DON JOSE MARIA SANCHEZ-SILVA

Excelentísimo señor, ilustrísimos señores, queridos niños:

Había de ser Marcelino quien me restituyera, siquiera momentáneamente, a la casa paterna; al ingresar como alumno simbólico en el presente curso del Colegio de San Ildefonso él me trae de su mano hasta esta casa, con la que tengo tanto que ver.

Una nueva comunidad de hombres buenos —el Delegado Aparisi, el Regidor Del Moral y nuestro propio Alcalde— recoge ahora a mi niño y al niño que yo mismo fuí, por iniciativa de mi amigo Maximino Sanz.

Me gusta y me honra decir delante de vosotros que soy un compañero vuestro, un antiguo alumno del Colegio de la Paloma, que también conoció la orfandad y que, gracias a esta casa, pudo llegar a ser un hombre, ni más ni menos. Hace unos treinta años yo venía a trabajar aquí como taquimecanógrafo desde mi Colegio de la Dehesa de la Villa; desde aquí, después



de ocho años de internado, fuí a la Escuela de Periodismo y comencé a escribir.

A mí me sostuvo interiormente una extraña fe en Dios; una fe que me parecía haber inventado yo y que llevaba impresa, al parecer, en la sangre. Yo ya sé que a Dios se le descubre siempre tarde, pero es preciso que el niño, distraído por tantas cosas nuevas, ayude a Dios a revelarse en él. Estad seguros de que El está dentro de cada uno, esperándonos. Si no hubiera Dios, el hombre no podría ser tan bueno como puede ser. Fijaos en que si a la vida sobre la tierra se le quitase la existencia de Dios, apenas quedaría otra cosa que una frágil película de argumento escasamente variable. El hombre a quien tanto admiramos está, por un lado, a punto de llegar a la Luna, y por otro, viéndose incapaz de fabricar una simple rosa; pero si un día pudiera fabricarla artificialmente, sólo tendría entre su manos una copia vulgar del original que Dios había escrito para él.

Eso es lo que Marcelino trae a vuestro curso. Por ello debo contaros rápidamente, más que la mía, la historia de ese niño imaginario que hoy me trae ante la Institución que ocupó el lugar de mi padre. Veréis:

Mi madre era una espiritual y delicada mujer de buenos gustos literarios y musicales, que escribía unas cartas maravillosas y componía versos con facilidad y sentimiento. Por azares de la vida, vivimos juntos y solos algunos años, los últimos de mi infancia y, por desgracia, los últimos de su existencia. Singularmente, los tiempos postreros fueron muy desgraciados.

Perdí a mi madre alrededor de los diez años; ella tenía cuarenta. El recuerdo que conservo corresponde a una mujer alta, delgada, morena, de pelo tenuemente rizado, con unos grandes ojos castaños, miopes, ya entristecidos por la lucha con la vida. Caminaba un poco encorvada y solía llevar en sus últimos tiempos vestidos que no siempre habían sido hechos para ella. Tenía la voz dulce y al mismo tiempo muy modulada, capaz de matizar muy bien las palabras.

En aquellos tiempos vivíamos en la calle del Rosario. Habíamos ido a parar a una habitación oscura y húmeda, sin otra ventilación que la puerta que daba a un patio en el cual había una fuente. De noche, la fuente goteaba y su sonido ha quedado grabado en mi memoria. Aquel invierno lo pasamos muy mal. Nuestra casa se componía de una sola habitación, con una pequeña cocina de carbón adosada a la pared. Incluso de día habíamos de utilizar luz artificial. Mi madre enfermó pronto en aquel tugurio mojado y sin sol. Andábamos muy mal de dinero: mamá cosía o bordaba para algunas casas de antiguos amigos y yo... Bueno; al final fuí colocado de "chico" en una peluquería de la calle de Recoletos. Tenía que cambiar las bacías y las escupideras, preparar el agua caliente, abrir y cerrar la puerta, cepillar el abrigo a los clientes. Era tan bajito entonces, que a veces me decían que me subiera en una silla para poder alcanzar los hombros de los parroquianos. Pero mi ayuda era escasísima. Por cada diez céntimos que me daban de propina me

compraba un cuento de Calleja, que valía cinco, en un estanco-librería, que aún existe, en la calle de Serrano. Y luego, caramelos, y luego..., qué sé yo. Cuando regresaba a casa casi siempre mis bolsillos estaban vacíos de dinero y con-

servaban, en cambio, alguna pequeña huella que ofrecer a mi madre; un par de cacahuets de los más pequeños, una almendra sucia del bolsillo, una avellana, una bolita de anís, ya un poco chupada... Las "sobras".

LA NECESIDAD, OBRA MILAGROS

En las gentes imaginativas, la necesidad obra milagros. Así, en la imaginación y la vocación literarias de mi madre, y quizá en la mía, entonces naciente, la necesidad extremaba nuestra fantasía, y los cuentos, las historias, los grandes decorados de palacios reales y cavernas encantadas, de castillos mágicos y ciudades de hadas y de príncipes, los gigantes y los animales que hablan, crecían más allá de los límites de *Las mil y una noches*. Pero entre todos los relatos de mi madre había uno que yo solicitaba oír a menudo: era el cuento, el origen del cuento que luego, treinta años más tarde, habría de llamarse *Marcelino Pan y Vino*.

Era así: un niño pasa con su merienda, todas las tardes, por delante de una imagen de la Virgen que sostiene, sentado en sus rodillas, al

Niño Jesús. El pequeño de la merienda ofrece a Jesús, y Este acepta todos los días, una pequeña parte, hasta que, en cierta ocasión, dice al chicuelo: "No volveré a tomar nada tuyo si no vienes mañana a comer conmigo en el Paraíso." El pequeño aceptaba el convite, y aquella misma noche moría, es decir, nacía para la otra vida.

"¿Y qué comerían en el Paraíso, mamá?", preguntaría yo entonces.

Y mi madre, en aquellas ocasiones, con las cuales no era raro que coincidiese la máxima necesidad de nuestra humildísima vida, inventaría todos los manjares que ella querría darme de verdad en aquel momento. Y así nos dormiríamos, satisfecho el espíritu y, casi, casi, satisfecho el cuerpo.

UN CUENTO EUCARISTICO

Aquel cuento tan pequeño había ido modificándose dentro de mí y yo lo había contado cada vez a mi manera. Lo conté en centenares de ocasiones, a docenas de chicos y de per-

sonas mayores. Inventé un niño abandonado a la puerta de un convento de franciscanos, aislado en el campo. Troqué la imagen del Niño Jesús por la de Cristo Crucificado e instalé en

el alma del niño la nostalgia —mi nostalgia— por su madre desconocida —por mi madre desaparecida—. Lo demás fué coser y cantar. Conocía bien a los niños porque siempre me han gustado y porque tengo seis hijos; conocía a los franciscanos, porque soy ferviente admirador del sobrehumano espíritu poético de San Francisco de Asís. Es decir, procuré dar trascen-

dencia y hondura al pequeño tema legendario, y pensé que mi cuento, por aquello del pan y del vino, sería un cuento eucarístico, la maravillosa historia del primer niño del mundo que socorre a Cristo con las especies elegidas por El para permanecer vivo entre nosotros. Pero todavía faltaba algo más: el impulso definitivo para escribirlo.

UNA NIÑA QUE MUERE

Y la ocasión llegó. Un conocido mío, casado no hacía mucho, tenía una niña de dos años, y un verano fué con su mujer y con su hija a descansar en un pequeño pueblo de la costa mediterránea. Una tarde, a la puerta de su casa, mi amigo veía jugar a su niña muy cerca del mar. Entre la casa y el mar pasaba la carretera. Venía un carro muy lejos tirado por un caballo; uno de esos pequeños carros, tranquilos, pausados, de los agricultores. Mi amigo no reparó apenas en él. La niña jugaba; el padre, sentado, leía un periódico y, de tanto en tanto, la miraba, mientras el carrito ganaba terreno.

Todos los que viven en una ciudad mediana plagada de vehículos modernos saben lo increíblemente despacio que marchan esos carros. ¡Nadie teme el paso de un carro! Pues bien: aquel del suceso se acercó mucho, la niña hizo entonces algo y delante de los ojos de su padre —un hombre fuerte, joven, acostumbrado al peligro de la guerra y al esfuerzo del de-

porte— una rueda le pasó por el pecho y la mató. Cuando lo supe pensé en *Marcelino Pan y Vino* y me dije: “Ahora.” Fué en 1952. Antes de ponerme a escribir pensé dedicarlo secretamente a todos los padres que han perdido a sus hijos; pero mi propio sentimiento me ganó, y en el relato “salió” el cántico a la madre perdida, a la madre viva o muerta, a ella sola. Quizá acertase entonces, porque Dios lo quiso, a decir de una madre —la de Marcelino— lo que todos los hombres queremos decir de la nuestra, de la de cada uno.

En diez días escribí lo que había madurado dentro de mí durante treinta años. Estaba muy lejos de imaginar que un día se bautizarían con el nombre de Marcelino, en lejanos países asiáticos, centenares de niños a cuyos padres paganos llegó la historia.

Ahora, finalmente, yo os deseo que un día madure en vosotros la semilla que el Ayuntamiento de la capital de España siembra en vuestro espíritu. Amén.

Discurso del Ilmo. Sr. D. Manuel del Moral Megido

Teniente de Alcalde Regidor Patrono del Colegio

En este solemne acto académico en que, presididos por el excelentísimo señor Alcalde, con asistencia de la mayoría de los miembros de la Corporación, vamos a celebrar—por primera vez en el salón de Sesiones—la festividad patronal del Colegio de San Ildefonso, quisiera iniciar mis palabras con algunos antecedentes sobre esta tradicional institución, que puede considerarse como la más antigua de España y seguramente de Europa. Se desconoce la fecha fundacional, pero historiadores como Jerónimo de Quintana, o en el reciente estudio de José del Corral, se cita la fecha de 1478 en la que fué concedido al Colegio un privilegio de los Reyes Católicos, y aunque no se ha encontrado dicho documento, bien puede quedar como referencia de la antigüedad de este Centro. Es la del año 1543, con un documento de Carlos el Emperador, el que fija una “Provisión del Consejo para que Madrid pudiese dar de limosna cincuenta fanegas de trigo a los Niños de la Doctrina”. Dicha provisión nos asegura, además, la condición municipal del Colegio sostenido por el Ayuntamiento desde su fundación.

Y ahora permitidme una serie de referencias documentales que nos mostrarán diversos as-

pectos de la historia del Colegio de San Ildefonso, tan unido al pueblo de Madrid. Y, en primer término, hemos de mencionar su intervención, que tanta popularidad ha dado a los colegiales, en los sorteos de la Lotería Nacional. Así, el 9 de marzo de 1771 el alumno del Colegio de San Ildefonso Diego López cantó por vez primera en este servicio nacional, por el que recibió—la Institución—una limosna de 500 reales de la Dirección de Loterías. Esto hace, como recientemente ha dicho el Ministro de Hacienda—en la audiencia que tuvimos el honor de tener, para la entrega de las cantidades que destina el Ministerio a los pequeños cantores—, que los alumnos del Colegio de San Ildefonso sean los funcionarios de más antiguo escalafón del Departamento y, a la vez, los que más jóvenes se jubilan, pues lo hacen a los catorce años.

En el *Libro de Acuerdos* del Ayuntamiento y con fecha 14 de noviembre de 1547 se nombra Capellán de la Capilla de la Plaza, con cargo a los Niños de la Doctrina, titulación que tenían antiguamente los colegiales y que aparece así, añadiendo, “bajo la advocación de San Ildefonso”. El Colegio mereció siempre el favor de la realeza, y junto a los documentos anteriormente



señalados de los Reyes Católicos y del César Carlos tenemos el del fundador de nuestra capitalidad, Felipe II, que concede al Colegio una pequeña casa confiscada a don Diego de Rojas, con fecha 31 de marzo de 1552. Otro ejemplo es la Corrida Real de Toros que, para beneficio de los colegiales, se celebró el sábado día 3 de julio de 1803, en la Plaza Mayor, la cual duró todo el día, permaneciendo los “niños Doctrinos en las puertas de los tendidos para que el generoso pueblo de Madrid contribuyese, con su acostumbrada piedad, a tan justo fin”.

A través de su dilatada historia, el Colegio vivió momentos de esplendor y de grandes dificultades; unas de las cuales se trató de aliviar con esta corrida, cuya organización pidió el Ayuntamiento de Madrid al Rey Carlos IV, por iniciativa del entonces Regidor Patrono señor Marqués de Perales, y con otra celebrada en 1833 en la plaza de la Puerta de Alcalá, concedida por Fernando VII. Igualmente varió en sus uniformes y Ordenanzas, en sus ayudas y en sus edificios. Y así hemos llegado al momento actual, con su residencia en la calle de Alfonso VI, que hace esquina a la de la Redondilla y plaza del Marqués de Comillas (antigua plaza de la Paja), comprado por el Ayuntamiento a la Comunidad de las Salesas Reales, y que ocupa desde el día 16 de junio de 1884 y donde se recibió la visita del Rey Alfonso XII y Doña María Cristina, el día 18 de diciembre del siguiente año, según consta en el Libro de Oro del Colegio, que se abrió con tal ocasión.

Y hechas estas citas históricas, como muestra

de la tradición del Colegio de San Ildefonso, vamos a actualizar, en este nuevo curso, alguna que, por su contenido colegial, debemos restablecer y ofrecer —igualmente— alguna novedad acorde con nuestro tiempo. Así, en primer término, para enlazar con los momentos solemnes de siglos pasados, vamos en este año a imponer, como ya se hacía en 1716, las becas a los colegiales de nuevo ingreso. Y para que este acto revista la solemnidad que requiere hemos obtenido del señor Alcalde la concesión de que se celebre en el salón de Sesiones de la Casa de la Villa, y que una selección de ex alumnos sean los que impongan esta beca, de paño carmesí, con el escudo municipal y el de San Ildefonso, a la nueva promoción. Los dieciocho nuevos becarios la recibirán de un sacerdote, dos Tenientes del Ejército del Aire, cinco altos Jefes del Ayuntamiento, tres Profesores, dos Ingenieros, dos Gerentes industriales, dos altos empleados de la Banca privada y un estudiante universitario que está haciendo el doctorado de Químicas. Expresión ésta que nos da a conocer la categoría social y cultural de los alumnos que han pasado por las aulas del Colegio de San Ildefonso.

La otra faceta que hemos indicado es la innovación que vamos a implantar de que, con cada promoción, haga el ingreso un alumno —real o simbólico— que sea portador de algo que pueda beneficiar a dicha promoción y al Colegio en sus relaciones educativas. Queremos así tejer, al cabo de los años, una bella leyenda, la creación de una atmósfera de altos valores pedagó-

gicos que se podrá recoger, en su día, como una realización municipal al servicio de la Enseñanza.

José María Sánchez-Silva os explicará nuestra pretensión al tratar de incorporar al Colegio de San Ildefonso a su universal personaje, fruto de su creación literaria infantil *Marcelino Pan y Vino*, la mejor obra para niños de estos veincinco últimos años.

Con una coincidencia unánime elegimos a *Marcelino Pan y Vino*, ejemplar modelo para hacer leer, pensar y meditar a los niños. Puesto que Marcelino sabía rezar y estaba instruído en el Catecismo, ¿quién mejor podría ser el compañero ideal de estos dieciocho pequeños Niños de la Doctrina?

Todos los meses destacadas figuras de las Letras hablarán durante el curso de este personaje al que harán vivir, con sus hechos, entre los alumnos del Colegio, haciendo realidad su literaria fantasía.

Por último, quisiera daros a conocer muy ligeramente la situación actual del Colegio:

En su matrícula figuran cien alumnos huérfanos, que residen en régimen de internado, y cuarenta externos, semipensionistas. Todos en la edad escolar primaria de siete a catorce años.

Se hacen los correspondientes estudios de Enseñanza Primaria, conforme a los Cuestionarios Nacionales, y de Enseñanza Media, previa autorización del Ministerio, por el sistema del Bachillerato radiofónico que, aparte de su moderna orientación, permite una mayor utilización

de los medios audiovisuales. Un total de sesenta y cinco alumnos, casi la mitad de los matriculados, cursan los cuatro primeros años de esta especialidad, y el Colegio ha recibido una felicitación del Centro Nacional de Enseñanza Media por Radio Televisión por la excelente preparación académica de los colegiales. Igualmente, en el curso 65-66 el Colegio ha sido distinguido con el Premio Nacional de Educación Física, un premio Ejército, otro de Previsión, también concedido por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, y sus alumnos forman la primera promoción de técnicos publicitarios e igualmente de técnicos en turismo —a nivel infantil—, títulos obtenidos en el Curso de Verano de Benicarló, patrocinado por el Ministerio de Información y Turismo.

Dos aspiraciones concretas tenemos para el nuevo curso: un nuevo edificio, acorde con una pedagogía moderna y dotado de amplios campos de deportes, que aumente el número de becarios en el Colegio, y la solicitud —al Ministerio de Educación— de los beneficios de Colegio Libre Adoptado de Enseñanza Media Elemental, que permitirá mayor amplitud y mejor realización de los estudios de Bachillerato que, deseamos, llegue a toda la matrícula, ya que entendemos es ésta la cultura que debe tener, como mínimo, todo español. Y así lo queremos para estos niños educados bajo la protección del Ayuntamiento de Madrid, para que puedan servir a Dios y a España, como hombres de bien en el ejercicio de sus profesiones y con un alto sentido de su responsabilidad.

IMPOSICION

DE

BECAS

El ilustrísimo señor don Juan José Fernández-Villa leyó el siguiente texto:



REGLAMENTO PROVISIONAL DE LA CONCESION E IMPOSICION DE BECAS DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO

Al restaurar en este año de 1966 la concesión e imposición de becas del Colegio de San Ildefonso, y respetando la noticia histórica que data del siglo XVII, actualizando al funcionamiento actual de esta Institución Municipal, se estima la procedencia de esta concesión en los siguientes aspectos:

La beca del Colegio de San Ildefonso, institución del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, será una banda del color carmesí municipal con los escudos de la Corporación y de San Ildefonso, en su condición de jerarquía religiosa.

Las becas serán de honor y de colegial. Las de colegiales serán de dos categorías: de alumnos, una vez aprobado su ingreso en el Colegio y después de un período de prueba residencial, con aprovechamiento de estudios y buena conducta, y para ex alumnos que cursaran estudios superiores o universitarios.

Las becas de honor se otorgarán a los excelentísimos señores Alcaldes de la Corporación y a los ilustrísimos señores Regidores Patronos de la misma.

Igualmente, y en un número no superior a diez, a las personalidades que estime el Jurado académico de concesión.

Las becas escolares tendrán los dos aspectos señalados y se diferenciarán en la anchura de banda, siendo estrecha para los colegiales y ancha para los estudiantes universitarios.

Con carácter provisional, y hasta que en su día acuerde la Corporación la reglamentación definitiva, la concesión de becas se hará por el excelentísimo señor Alcalde a propuesta del Jurado académico, que estará integrado por el ilustrísimo señor Regidor Patrono del Colegio, el ilustrísimo señor Delegado de los Servicios de Educación, el señor Director del Colegio y el ilustrísimo señor Secretario general del Ayuntamiento, o por delegación, el señor Jefe de la Sección de Enseñanza, que actuará como Secretario.

Madrid, en la festividad de San Ildefonso, 1966.

ento de Madrid

PALABRAS

DEL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON CARLOS ARIAS NAVARRO

Este acto, al que se ha sumado la Corporación Municipal casi en pleno, no está presidido por el Alcalde —no obstante su celebración en el salón de Sesiones—, sino por la figura literaria de Marcelino Pan y Vino, de la que ha hecho una maravillosa semblanza, que nos ha embargado de emoción a todos, José María Sánchez-Silva.

Por ello, la lección no puede desaprovecharse, y vosotros —los alumnos del Colegio de San Ildefonso— debéis saborear y meditar las palabras que se han dicho para que en un mañana, cuando hayáis abandonado el Colegio por razón de vuestra edad, recordéis este acto y en otro similar, con la categoría de vuestra posición social, participéis en acto análogo al que estamos celebrando para recibir



a una nueva promoción de colegiales, con la imposición de becas correspondientes.

Muchas gracias a José María Sánchez-Silva por venir hoy a celebrar, con nosotros, la festividad patronal y, muy especialmente, por haber dejado en todos la impresión de su personaje, que ha de ser, en este curso, ejemplo para los alumnos de esta histórica y popular Institución.

Finalmente, al felicitar al Regidor del Colegio —mi querido amigo don Manuel del Moral— por la marcha del mismo en orden a estudio y disciplina, quiero recoger sus últimas palabras, que

hacen referencia a dos anhelos, que son también los de la Corporación y las del Alcalde: me refiero al nuevo edificio, con arreglo a una moderna concepción, y a los beneficios de Colegio Libre Adoptado para la Enseñanza Media. En uno y otro aspecto trataremos de llevar a realidad estos proyectos tan necesarios para la vida del Colegio de San Ildefonso, tan unida al pueblo de Madrid y del que su Ayuntamiento se encuentra orgulloso, como el Alcalde que desde hoy lleva esta beca que tan generosamente me habéis concedido.

Sábado y vísperas del 23 de enero. El salón de Sesiones del Ayuntamiento de la capital de la nación está abarrotado. La tribuna pública, saturada; en los escaños no cabe un alfiler. Hasta a los lados del amplio salón hay gente, mucha gente, en pie.

Y en la presidencia, el Alcalde de Madrid, don Carlos Arias, que sienta a su derecha al Regidor Patrono del Colegio de San Ildefonso, don Manuel del Moral, y a su izquierda, una figura mundialmente famosa de las letras y el cine patrios, José María Sánchez-Silva.

¡Extraño es esto, en verdad! ¿A qué puede obedecer que junto al Alcalde de la Villa del Oso y el Madroño y a uno de los Concejales se siente alguien que no tiene puesto de mando en el Concejo?... Pero aún hay más. Los que ocupan hasta llenarla por completo—como antes decíamos—la tribuna pública son chicos y chicas uniformados con el tradicional atuendo de gala de los alumnos del Colegio de San Ildefonso, más conocidos vulgarmente por los “chicos de la suerte” o “los chicos de la Lotería”. Y también en los escaños municipales vemos niños de San Ildefonso igualmente ataviados, sólo que más pequeños. Frisarán entre los siete y los ocho años de edad.

Nosotros asistimos como invitados a este acto, y en seguida, apenas comenzado, salimos de dudas. Está hablando don Manuel del Moral. Está haciendo historia e historia de la buena, de la mejor historia, nada menos que remontándose

CRONICA DE PRENSA

NUNCA MEJOR OCUPADOS

a la época de los Reyes Católicos. De sus labios oímos que ya por entonces se sabe existía el “Colegio de los Niños de la Doctrina” o “Colegio de San Ildefonso”. Y aun antes, pues todos los datos recogidos en los archivos de la Villa hacen suponer que el

citado Colegio se fundara tan pronto como el sexto de los Alfonsos reconquistara de manos árabes la antigua Magerit.

El salón de Sesiones, que ordinariamente siente sobre sus paredes el eco de las voces de los Concejales, que se ocupan de temas como la circulación, el alcantarillado, las cornisas, la vivienda, los transportes, los abastos del buen pueblo de Madrid, oye ahora referir de labios de Manuel del Moral cómo en 1543, nada menos que el Emperador Carlos V autorizó al Concejo madrileño para hacer un donativo de trigo a los “Niños de la Doctrina”, a los que amparaba el Colegio de San Ildefonso. Y de los mismos labios sabemos cómo en el año de 1700 se conceden ya becas—de color carmesí, por más señas—para uso de los colegiales del antiquísimo Centro docente. En 1771 ya cantan estos niños los premios de la Lotería. Y sigue diciendo el Regidor Patrono del Colegio que, reconocido por el actual Ministro de Hacienda, son estos muchachos los más antiguos funcionarios de dicho Ministerio, “con clases pasivas desde los catorce años” en su condición de cantores de los números premiados en los sorteos. Todo esto ha sido el preámbulo, la explicación mejor de



la feliz iniciativa que congrega a tan extraño y encantador público como el que llena la tribuna y ocupa en parte los escaños: se trata de hacer revivir la tan antigua tradición, imponiendo becas a los colegiales de la última promoción, los más pequeños (siete años), y como nota original y nueva, proclamar un Patrono honorífico cada año para las sucesivas promociones de alumnos que por el Colegio vayan pasando. Este año el Patrono —lo ha propuesto, y ha sido aceptado, Maximino Sanz, actual Subdirector del Centro— va a ser, simbólicamente, Marcelino Pan y vino.

Al conjuro de estas palabras finales del Regidor Patrono se levanta a hablar el “padre de la criatura”. Acabamos de nombrar a José María Sánchez-Silva, y ya entendemos de la razón de su presencia en el estrado presidencial.

Y el autor de *Marcelino* nos dice de su entrañable vinculación al Colegio de San Ildefonso, donde se acogen niños madrileños huérfanos, ya que él también es madrileño y en su infancia fué también huérfano y, como tal, alumno de otra Institución señera docente municipal, el Colegio de la Paloma. Nos cuenta Sánchez-Silva, con palabras sencillas, sinceras, entrañables, llenas de poesía y encanto, su infancia de niño humilde; nos habla de su madre, joven y ya vencida mujer por el dolor y la estrechez; nos refiere la vida del niño y la madre y relata el maravilloso cuento que su progenitora inventara y que dió lugar, años más tarde, a ese encanto, a esa joya literaria, llevada después a la pantalla, que es *Marcelino Pan y Vino*. Ese Mar-

celino que adquirió ya fama universal, hasta el punto de que en el Asia remota son muchos los niños paganos que llevan por nombre Marcelino. (“¡Dios mío, qué grande mi España; ya tiene lo que le faltaba —pienso yo—, ya, cuando de nuestra Patria se hable en todo el orbe, no se la va a conocer sólo por un Don Juan ni, subiendo en fama y en nobleza, por un Quijote. Ahora se la conocerá también, se la conoce ya, por un niño, Marcelino, enamorado de Dios!”)

Y cuando Sánchez-Silva concluye sus palabras, llenas de ternura y sentimiento, comienza el acto más encantador, el más emocionante, el más lleno de poesía y simbolismo que mis ojos vieran jamás entre tantos como presenciaron, en los que los niños fueron el principal personaje: la imposición de becas a dieciocho arrapiezos, seriecitos como hombres, hombrecitos de siete años, que reciben sus becas de otros tantos ex alumnos del propio Colegio. Entre estos últimos puede afirmarse que está representada una buena parte de la sociedad española. Hay un sacerdote, un Abogado, un Teniente de Aviación, Ingenieros, altos empleados de la Banca y la Municipalidad madrileña y también Maestros. ¡Qué orgullo para este Colegio de San Ildefonso, qué anchos estabais Román Pascual y Víctor García, representantes de la pléyade de educadores que tuvo a su cargo la formación de estos hombres, de estos ex alumnos que tan alto han sabido poner el nombre del Centro que los educara, que tan bien los supiera formar!

Los aplausos rubricaban el acto de imposición



de cada beca, y yo observaba con qué emoción, con qué seriedad recibía cada pequeño la suya, cómo calaba en lo hondo de sus almas infantiles la trascendencia del solemne acto, que era presenciado con mirada en que se traslucía una noble emulación por sus compañeros, ocupantes de la tribuna pública.

Antes, el señor Alcalde, con toda justicia, había recibido la primera beca de manos del Regidor Patrono, señor Del Moral, que, a su vez, recibía la segunda, impuesta por la primera autoridad municipal.

Estas becas, de color carmesí, en respeto de la vieja tradición, ostentan los escudos del Colegio y de la Villa y está sujeta su concesión al reglamento provisional que leyera previamente el Secretario de la Corporación Municipal, señor Fernández-Villa.

Y va a cerrar la solemnísimas sesión don Carlos Arias. Son las palabras del Alcalde sencillas, concisas, pero al propio tiempo elocuentes y sentidas. Dice que el acto no está presidido por él, sino por Marcelino Pan y Vino. Dirigiéndose a los muchachos les dice que saboreen y mediten las palabras de Sánchez-Silva, y les anima con el augurio de que un día, andando el tiempo, serán ellos los que vengán a imponer las becas a otros alumnos en un nuevo edificio que albergará como se merece esta noble, histórica y efi-

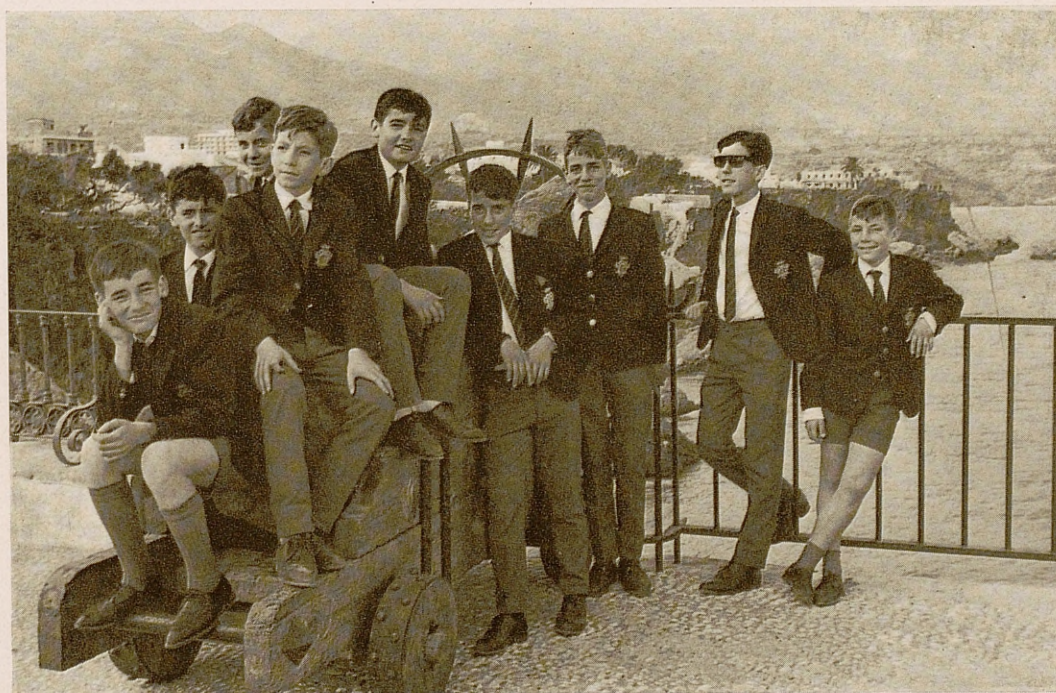
cientísima Institución. Magnífico broche para el acto que se celebra, ya que el excelentísimo señor Alcalde de Madrid ha recogido sobre la marcha la petición formulada por el señor Del Moral respecto a la necesidad de un colegio nuevo.

Concluimos esta crónica con la explicación del título que se nos ocurrió en el transcurso de aquél. Muchas y muy ilustres son las personalidades que a través de diferentes épocas de la Historia han ocupado los escaños de este salón de Sesiones; singularmente a partir de la liberación de la capital de España, no pequeña parte del engrandecimiento de Madrid obedece a las iniciativas y el trabajo de los munícipes que ocuparan este salón, mas no hay duda de que no hubo jamás nadie que en los escaños se sentara de más noble condición que estos niños que hoy recibieron sus becas, niños que es tanto como decir poesía y ternura, inocencia y candor, pureza de alma, y, por si algo faltara en los infantes a que nos referimos, orfandad, que les hace acreedores —como el señor Alcalde dijo— a los mayores desvelos, las mejores atenciones, el cuidado más exquisito por parte del Ayuntamiento de Madrid. ¡Que así sea!

Enrique Santos GARCIA ALVAREDO

(De *Servicio*, semanario del SEM.)





Uniforme de calle estrenado en el curso 1965-66

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



LECCION FINAL DE CURSO

Ante las estatuas de gloriosos héroes que jalonan la entrada al Museo del Ejército, los alumnos del Colegio de San Ildefonso, de Madrid, reciben la última lección del curso de labios de su profesor el Capitán de Infantería don Antonio Pérez de Pablo, que en un pasaje de su disertación intercaló la lectura de unos fragmentos del libro *Cartas a un niño sobre Francisco Franco*, de José María Sánchez-Silva